Inasible Vida

Alvaro Amaya

Capítulo 1

Inasible Vida

Cuento

Episodio Uno

En lo externo Amaro era un normal estudiante de secundaria que avanzaba bien en sus clases. Solo por compromiso cumplía al menor nivel posible las reglas sociales, era educado y limitadamente participativo. Aceptado pero sin ser alguien con quien se quisiera intimar, algunos creían que tenía algo de genio y otros de retardado pero para todos, sólo era el que siempre andaba por allí.

Circulaba por el pueblo como el conocido que por no molestar, por parco y cortésmente alejado, lo dejaban estar. Le permitían participar en la colectiva vida social sin que mostrara predilección por alguna en particular. Su afición por la lectura lo encerraba, lo alejaba y no tenía interés en hacer partícipe de ellas a nadie.

Amaro había tenido algunas relaciones con algunas chicas que habían llegado a lo sexual pero que no le habían significado gran cosa, no dejaron marcas ni le dejaron expectativas que quisiera profundizar. Ninguna relación le había inquietado algún vacío de su interior.

En una reunión de estudiantes a la que silencioso asistía, su interés lo despertó una mujer que con vehemencia defendía las posibles razones de los protagonistas de un hecho que sería más del terreno de la mitología y que de la científica historia formal como ella pretendía. Era interesante y atrayente la contagiosa convicción que proyectaba. Por su vehemencia parecía poseer la verdad y por su léxico y sus ideas, se intuía dueña de mayores conocimientos. Interesado, juntando valor y por encima de su cortedad, contra su actitud reservada le señaló elementos que había dejado fuera.

Eso provocó que fuera invitado a la casa de esa joven profesora para proseguir discutiendo sobre el tema. Estaba arrepentido de su iniciativa, pero al día siguiente a su casa llegó una hermana de Elea para recordarle que tenía una cita con ella en su casa.

Por la noche llegó a ese hogar y conoció a la familia conformada por seis mujeres y dos varones. Los varones eran el padre y el hijo menor de siete años de edad. Alrededor de una vieja y humeante cafetera de latón, se inició una conversación en la que al rato animadamente todos participaban. Contento, se dio cuenta que había encontrado un ambiente en el que todo era objeto de interesada discusión. Las reuniones se

volvieron regulares. Allí todo es importante. Se generan debates sobre cualquier tema que lo obliga a preparase para discutir. Todos participan. La excepción es la pacífica y afable madre y la silenciosa Dela.

Cuando hay que participar, Dela lo hace pero no más allá de lo que en estricto conoce. Ella no aventura nada. En esas reuniones se quedaba quieta mirando a Amaro, mirándolo todo el tiempo. Es atleta distinguida del instituto, delgada como junco. Amaro acrecienta su interés por ella y ella intenta serle agradable.

Un día le pide ayuda para estudiar una materia y la tarde que inicia clases, Amaro por primera vez descubre que Dela es sencillamente linda. Menuda, morena con hoyuelos en las mejillas, con una pareja y blanca dentadura que produce una sonrisa dulce de ojos vivaces y con una predisposición hacia él que asombrado descubre. Cuando están solos, ella es alegre y más espontánea para hablar.

Una tarde que quedan solos en casa, un pequeño e inesperado roce produjo una mirada inefable que los llevó a un abrazo, se fundieron en un beso prolongado y sorpresivamente, una conmoción intensa los atrapa en temblores y los dejan exhaustos en sólo un minuto. Sorprendidos por la emoción vivida, no pueden hablar. Amaro asustado huye confundido y ella queda quieta y palpitante, intentando entender por qué eso pasó de ése modo.

Inician una relación que se vuelve necesidad irremediable. Amaro descubre que el solo hecho de verse, hablar y estar juntos le produce placer. No existe tensión sexual, siente felicidad en su cercanía y Dela manifiesta el mismo espontáneo disfrute.

Cuando el padre de Dela se entera, considera que ahora existe una diferente intención y Amaro deja de ser el visitante apreciado y bien recibido. Poco a poco la normal vigilancia del padre se convierte en algo estresante y la persecución les produce desasosiego y temor. A su padre le asusta la relación entre un joven que habla como adulto y su enamorada hija seis años menor que él. Su preocupación lo hace reaccionar con agresividad, la situación se vuelve insoportable, y entristecidos y sin convenirlo, ambos se alejan y se separan.

Episodio Dos.

Cinco años después, inesperadamente se encuentran en la capital. Amaro trabaja en una constructora y ella en un banco. Verse y querer estar juntos es el mismo deseo.

Ahora Dela es más madura y aunque mantiene su carácter alegre, pareciera que algo ha cercenado su espontaneidad. Con frecuencia cae en

pensativos silencios de los que regresa con sonrisa distante.

Reinician el noviazgo suspendido. En la nueva relación hay tranquilidad y relajamiento pero a pesar de sus esfuerzos, la fusión no logra la emotividad anterior.

Se unen a un grupo de amigos para compartir y vivir juntos este nuevo período de sus vidas. Estudian, trabajan, se divierten, viajan y comparten esta nueva y acelerada novedad, en donde la actividad, la libertad y el dinero propio que ganan, muestra lo divertido y les oculta lo superficial de su relación.

Se preocupan por recuperar la confianza y la pasión profunda vivida anteriormente, que guardan en sus mentes pero que ninguno sabe, puede o quiere ir al fondo para descubrir si permanece. Una especie de cautela los limita y detiene y no logran explicar ni comprenden por qué. Sin acordarlo, prefieren no referirse a eso.

Dela no se ve completamente feliz. Guarda cosas que no quiere abrir aunque se empeñan en estar juntos, esperando el milagro que de nuevo les abra la palpitante vivencia pasada.

Reflexiva, muestra una juventud más madura y redondeada. Se ha convertido en una mujer atractiva, hermosa y absolutamente deseable. En un afán de reencontrase con la pasión, provocan la relación sexual pero eso resulta un acto estéril que se queda corto, que no profundiza, que no descubre nada y que se volvió triste por su falta de espontaneidad.

Después acostados, fumando y mirando al techo, cada uno quedará enterrado en sus propios pensamientos. Ninguno hará intentos por repetirla. Se quedaron esperando la chispa que no saben de dónde puede llegar.

Saben que no será desde su interior.

Algún tiempo después, desconsolados, decepcionados y cansados de persistir, en una relación alimentada por la estéril expectativa de una indefinida esperanza, otra vez deciden romper y separarse.

El esfuerzo predeterminado de la búsqueda desnaturaliza sus intentos. No se lo explican pero lo saben.

A futuro, ninguno podrá decir que no fue paciente, que no se empleó a fondo o que la intención careció de sinceridad o del verdadero interés.

La relación todo lo tuvo.

Sólo faltó pasión.

Episodio Tres

Han pasado seis años. Se encuentran en un centro comercial de la capital. Dela está grandota, redonda, embarazada y próxima a parir. Rotunda y definitivamente hermosa, rebosa de salud.

Se sobresalta al descubrir a Amaro sentado en la mesa de un café e instintivamente, como una inconsecuente niñita feliz, corre a abrazarlo y besarlo riendo con genuina sinceridad. La alegría brota de su piel y de sus gestos pero sobre todo, de su blanca y siempre radiante sonrisa.

Se olvida de ella misma. Quiere saber qué ha sido de su vida. De ella no hay que preguntar nada, se le ve realizada y por eso a Amaro le supura el contento.

Sigue teniendo su maravillosa sonrisa y sus ojos son dos brillantes interrogantes, que en la alegría del encuentro, expectantes indagan incisiva, abierta y directamente en el rostro de Amaro.

Está exuberante, bulliciosa y parlanchina. Pregunta por los conocidos de antaño pero se adivina una tensa pregunta que no se atreve a emerger, que no fluye, que se frena remolona, pegajosamente impregnada en las expresiones de párrafos de cortas frases, con solo comas sin punto final.

La felicidad exuberante que Dela manifiesta, provoca un doloroso sentimiento de frustración en Amaro. En ese momento se arrepiente por no haberse esforzado por retenerla. Al verla feliz y realizada, cree que esa felicidad la generaron juntos y que por eso le pertenece, y se revuelve inquieto, incómodo y rencoroso contra sí mismo.

Por un pasillo aparece el esposo de Dela llevando de la mano a un precioso y moreno niño de pelo rizado de tres años de edad. Ella los llama a gritos para que se acerquen y les presenta a Amaro.

Su esposo, tipo bien parecido, es alguien confiado y seguro de sí mismo. Es evidente que sabe que hubo relación entre Dela y Amaro por la que no manifiesta ninguna preocupación, más bien hace gala de una liberalidad, que a Amaro le parece impúdica y le provoca rechazo e incomodidad.

Con inesperada ocurrencia, Dela toma a su hijo y lo acerca para que éste bese su mejilla y Amaro siente la descarga de una emoción indescriptible que le comprime la garganta, le provoca confusión y momentáneamente perdido, sonríe sin sentido y sin lograr decir nada.

Mientras hablan, la mirada de Dela va del rostro de su esposo a la de Amaro como comparando, como sopesando, como árbitro que evalúa para

dirimir. Se diría que quiere saber si ganó o perdió con su decisión pero eso no es superficial. Amaro sabe que su mirada no fluye de su rostro sino del corazón y que su mente hurga en busca del indefinible que entre ellos existe, del algo casi evidente que no logra atrapar.

Cuando terminan el café se despiden.

El esposo de Dela le da la mano y con cierto reto, sostiene su mirada por un tiempo incómodamente prolongado en los ojos de Amaro, mientras que Dela en vez de beso de despedida, junta y aprieta su cara contra su mejilla como quien quiere preservar un contacto y recordar para siempre un olor.

Caminando de espaldas con su esposo y con su hijo, al salir del lugar como la mujer de Lot, Dela se vuelve y lo mira con una seriedad profunda, triste y sin trazas de sonrisa.

Ambos saben que es una mirada de pérdida, negativamente ominosa, que predice que es la última vez.

Episodio Cuatro

En un pequeño lago que no congela totalmente, aún nadan unos cuantos atrasados y silvestres patos migrantes. El plumaje oscuro de sus cuerpos termina en un collar amarillo, que resalta el brillo de sus cuellos verde esmeralda. Sobre el agua graban las refulgentes estelas de sus circulares huellas que al expandirse, van muriendo indolentes y desganadas al extinguirse sin llegar a las orillas.

Todo es un quieto silencio, frío, plácido y relumbrante.

Es durante el nevado invierno a la orilla de un estanque casi congelado, del parque público de un pueblecito de Canadá, donde un envejecido Amaro, sumergido en el invernal ambiente, rodea con sus dos manos una humeante taza de café, sentado sobre en banca de arce, muchos años después.

Entre la poca gente que circula, una esbelta figura femenina camina erguida por el andén. Con sus ojos entrecerrados por los resplandores, absorbe el ambiente y se acerca desprevenida a la banca sobre la que descansa Amaro.

Es Dela.

Es una mujer delgada, con su pelo liso de siempre ahora totalmente blanco, peinado y recogido hacia atrás. De frente arrugada y mejillas mustias. Sus ojo siguen vivaces y la maravillosa sonrisa que levemente

esboza, es aún atrayente como cuando tenía dieciséis años.

Amaro la ve primero y queda paralizado.

Estático la mira mientras los recuerdos se arremolinan, provocándole una caliente ola de emoción y suavemente y sin ningún recato, deja que sus lágrimas rueden libres por sus mejillas.

Ella es manifestación concreta de su vida interior, la prueba que ha vivido, que ha incidido y no sólo arañado la impermeable superficie de la vida, en la que también se arriesgó en las azarosas profundidades del amor.

Al llegar a la banca donde está sentado, Dela lo descubre y se detiene conmocionada. Lo cree un visual recuerdo hasta que sobrecargada de asombros exhala una exclamación, extiende sus brazos y con la cara en abierta felicidad corre hacia él, lo toma de las manos, lo pone de pie y con fuerza lo estrecha y mantiene contra su pecho, intercambiando latidos por varios minutos sin decir nada.

Ninguno puede hablar.

Por fin se sientan en la banca y pasan diez minutos, hasta que Dela con los ojos enrojecidos, le acaricia las flácidas mejillas y le acomoda un mechón de blanco pelo caído sobre su cara. Amaro solo atina a dar vueltas entre sus dedos al colgante de su collar, mientras deja fijos sus ojos en los de ella.

Actos sin sentido que buscan calmar la emoción que a cualquiera de ellos, le permita poder empezar a hablar.

Es insólito e inesperado encontrarse a muchos miles de años y kilómetros de su patria, en este congelado, frío y solitario escenario.

El esposo de Dela ha muerto y sus hijos han hecho vida por algunos lados del mundo. Vive aquí desde hace doce años mientras que Amaro intentó por dos veces, estabilizar alguna vida matrimonial hasta que convencido que no encontraría lo que nunca supo que buscaba, decidió quedarse solo.

Sin darse cuenta que el tiempo pasa, que la tarde cae y el frío arrecia, se quedan allí sentados, hablando tomados de las manos, enfundados en gruesos abrigos, con los gorros de lana ensartados hasta las cejas e intercambiando vaharadas sobre sus rostros. Cuando ríen juntan sus cabezas.

En otro momento, no las separan más y se quedan quietos, tranquila,

plácida y prolongadamente.

Dela, suavemente y como pensando, susurra,

- ¡Cuánto tiempo perdido! –

Él, con apacible seguridad, le afirma que para encontrarse de nuevo, debió cerrarse el círculo, el que hoy sin explicaciones, les está haciendo saber que lo que siempre buscaron, lo tuvieron siempre desde el principio.

De pronto, la ocurrente, revoltosa e irreverente Dela, con risa de felicidad y en un arranque espontáneo, le dice que para recuperar el tiempo deberían empezar por tener sexo hasta morir y ambos por la ocurrencia, se carcajean de manera espontánea, liberada y abiertamente, hasta las lágrimas y hasta que un severo y fuerte acceso de tos senil, los interrumpe y los regresa a su estado y realidad presente.

Álvaro Amaya G., Guatemala Abril 2014.- Subido a: www.megustaescribir.com el 26 de Junio 2021.Foto gratis Pixabay .